

## Reseña bibliográfica

Título del libro: *Arquitectura, Humanismo y Universidad. La gestión de la pedagogía arquitectónica universitaria.*

Autor: Arq. Juan Eduardo De Orellana Rojas

Edición: 2019

Editorial Académica Española.

Reseña bibliográfica a cargo de Dr. Ángel Gómez Navarro: [agomez@unife.edu.pe](mailto:agomez@unife.edu.pe)

El libro reflexiona sobre el sentido de las Humanidades en la universidad contemporánea en un contexto en que cada vez más, estas van perdiendo relevancia ante la indiferencia del Estado y el asedio del mercado. El autor, arquitecto de profesión, manifiesta interés filosófico y, por lo mismo, se muestra convencido de que sin humanidades no tiene sentido la formación profesional de los futuros arquitectos y tampoco la construcción de una sociedad deseable.

Y, al igual de lo que sostenía el filósofo alemán, Immanuel Kant, en su texto “El conflicto de las Facultades”, De Orellana también argumenta a favor de que la universidad sea, ante todo, un espacio de libertad para la crítica fundada en la razón. Hoy, más que nunca, se necesita de ese espacio de libertad para la crítica de los saberes, de la sociedad y de la moral, pues son diversas las patologías sociales que nos aquejan, tales como el mercantilismo y el consumismo, la corrupción del poder político, el cientificismo y la nihilización de los valores vueltos ilusorios y paradójicos.

Y, si bien el contexto histórico que vivió Kant difiere radicalmente de lo que nos ha tocado vivir, podemos afirmar que la situación existencial parece ser la misma, esto es, la tensión entre el interés

económico y el interés por el ser humano en su totalidad. Como efecto de esta tensión de intereses surge el conflicto entre las diversas concepciones de universidad y modelos formativos, no solo para los futuros arquitectos sino también para todas las otras profesiones. Y este conflicto se da inclusive entre Facultades de una misma universidad, y también entre las diversas universidades en las que varias de ellas se subordinan al paradigma mercantilista y tecnocrático como una forma de dominación persistente y que ha terminado banalizando la universidad como fiel reflejo de la sociedad y sus patologías.

Por ello, el autor defiende la tesis de que no es posible una formación profesional universitaria en Arquitectura al margen de las Humanidades. Para ello, nos presenta un análisis histórico sobre la construcción del ideal de la universidad global y local, citando a numerosos filósofos, como Schleiermacher, quien sostenía que la universidad debe despertar la idea de la ciencia en los jóvenes..., ayudarlos a contemplar todo lo individual... con la unidad y totalidad del conocimiento; y también cita a Max Scheler, otro filósofo alemán, para quien la universidad debe significar el todo omnicompreensivo, es decir, que represente la universalidad del saber y la cultura. Obviamente, esto

tiene implicancias epistemológicas que no concierne discutir aquí, pero sí debo señalar que el propósito de todo esto consiste en mostrar que la universidad existe no solo para producir y reproducir los saberes científicos sino también los saberes humanísticos, asociados a la cultura y los valores éticos y políticos que permiten contrarrestar aquello que Zigmund Bauman denomina la sociedad líquida o posmoderna, planteando, así, una serie de desafíos a la universidad como el hecho de asumir responsablemente un rol más protagónico en la reconstrucción de la sociedad que deseamos, pues la universidad no es una isla. En efecto, el futuro de la sociedad está también en la universidad y, más específicamente, en el modelo formativo que esta quiera seguir.

Pero, ¿en qué consiste el modelo formativo humanista? La respuesta del autor refiere que todo conocimiento cultural, científico y filosófico es humanista porque implica siempre al ser humano. Es decir, los saberes humanísticos tienen que ver con aquellos conocimientos donde la existencia humana, vital, adquiere sentido en sus intereses y valores. Por ello, se subraya que la universidad debe salvaguardar estos conocimientos porque validan la centralidad de la persona y los valores de la libertad, la verdad y el bien común.

Desde esta perspectiva, se comprende, entonces, por qué De Orellana es categórico en afirmar que el fin de la universidad no es hacer negocio sino educar, o sea, hacer que el ser humano sea más humano, por tanto, más autónomo, libre, buscador de la verdad, de la justicia y la belleza.

En tal sentido, no debe sorprendernos el hecho de que el texto presente un análisis

crítico sobre la normatividad legal que sustenta el proyecto de la universidad peruana expresada en la actual ley universitaria vigente, la 30220, a la que el autor califica como la claudicación de la universidad y el triunfo del neo mercantilismo. No obstante, y sin dejar de reconocer las fortalezas de dicha ley, se denuncia que tal normativa ha puesto a la universidad peruana al servicio de la empresa y los meros intereses lucrativos, en lugar de ponerla al servicio de una sociedad que se desgarrará entre el consumismo y la crisis moral y política.

Su análisis se condice con aquel espíritu filosófico que somete a una revisión crítica todo aquello que afecte la dignidad humana y la herencia cultural, y, por consiguiente, a los valores ético-sociales que se derivan de dicha dignidad.

En suma, el libro plantea, por un lado, una crítica contundente al neomercantilismo y, por otro, una defensa a la primacía de la persona humana por sobre todas las cosas, es decir, la prioridad de la ética por sobre la técnica. Es una apuesta por la educación integral de calidad, cuyos marcos curriculares deben integrar las ciencias y las humanidades, y un favorecimiento de la comunidad universitaria en donde los estudiantes no sean vistos como meros clientes, y los docentes, simples empleados, pues esto no hace más que desnaturalizar el verdadero ideal de la universidad y de su correlato, la sociedad.

De ahí que urge promover mucho más la investigación interdisciplinaria, aunque el autor señala que no toda universidad puede ser exclusivamente de investigación y que no todo docente bueno sea solo el que investiga, pues no todo buen investigador

es un buen docente. Sin embargo, se puntualiza que todo buen docente debe saber investigar y que la universidad debe dar las condiciones de posibilidad objetivas de esta ardua y noble misión, pues permite que el docente pueda proveerse con nuevos conocimientos y aplicarlos para el bien de la sociedad.

En este escenario juegan un rol importante los técnicos administrativos, pero el problema surge cuando ellos pretenden ocupar el rol de los académicos al punto tal que hoy vemos en no pocas universidades cómo estos obstaculizan el desarrollo de los ideales académicos e investigativos. De ahí la mirada crítica del autor a la mercantilización de la educación universitaria que más que

promover ciudadanos críticos, con sentido de responsabilidad social y participación democrática, promueve consumidores que se hacen cómplices de su propia dominación.

Sin embargo, aunque la universidad parece ser el reflejo de una sociedad en donde todo se cosifica y mercantiliza, el texto nos desafía a seguir creyendo en que sí es posible una nueva sociedad a partir de una nueva racionalidad universitaria en donde lo fundamental es saber articular las ciencias con las humanidades, apartándose de todo tipo de cientificismo, mercantilismo y burocracia no efectiva, que no hacen más que ideologizar y desnaturalizar el verdadero ideal formativo de la universidad local y global.